

Mi padre Alfonso Esparza Oteo

Enrique Esparza Oteo Torres

A veces me resulta extraño hablar con tanta certeza y claridad de una persona que no conocí, de un hombre que muchas personas me han dado referencias, contado anécdotas, historias, expresado su admiración... ¡y hasta felicitado por llevar su apellido! Nunca le pude decir papá, no lo abracé, no jugué con él, no me vio crecer, no tengo recuerdos con él, me cargó durante 40 días de su vida y repentinamente, cuando su vida y su carrera estaban en plenitud, se fue para siempre. Es curioso que, pese a no tener la oportunidad de conocerlo, con el paso del tiempo me convertí en el mayor admirador de él, situación que no era nada difícil tomando en cuenta las referencias que he recibido de su persona.

Mi padre falleció en 1950 y desde que tengo uso de razón descubro cada vez más cosas de él: desde las razones por las cuales compuso canciones, cómo era en la casa con mi mamá

y nosotros sus hijos, la ilusión que siempre tuvo de ayudar a los autores y compositores de México a que tuvieran derechos y que sus trabajos fueran valorados, retribuidos y muchas cosas más que me hacen sentir cada vez más orgulloso de él.

Para mí es un gran orgullo portar su apellido, que, hasta la fecha, tantos años después de su muerte, me pregunten ¿qué eres del compositor? Ver su nombre en calles y parques, escuchar sus obras en palenques, conciertos, reuniones y hasta en el Palacio de Bellas Artes, simplemente son cosas que me enchinan la piel y me sacan una gran sonrisa o incluso algunas lágrimas, de esas que sólo salen cuando el orgullo y la felicidad están a tope.

Recuerdo que aún era niño cuando sentí ese impulso y necesidad de hacer algo por él, porque se sintiera orgulloso de mí, a pesar de no haberme conocido, que supiera que yo, bajo mis posibilidades, haría todo por representarlo y llevar su apellido de la mejor forma, un nombre que nos heredó de forma limpia, honesta y honrada. Sabía perfecto que los años iban a pasar y que, por la calidad de sus obras, estas iban a perdurar toda la vida, pero yo quería colaborar en eso y aportar para que su música y composiciones se sigan escuchando en cada rincón de México y el mundo.

La admiración no sólo es en el ámbito profesional, también lo es en el personal, una persona amorosa que creyó en el amor a primera vista que siempre fue leal, que sacrificó tiempo, dinero y mucho esfuerzo para que sus compañeros de profesión vivieran dignamente, que nunca manchó su imagen y dio la vida por la música; una persona sumamente soñadora, apasionada y amorosa, que tuvo historias, anécdotas, problemas, éxitos, logros y vivencias que valen la pena ser contadas.

Mi mamá constantemente me contaba experiencias de mi padre; una que le gustaba mucho era la que consideraba su primera gran noticia laboral, de esas que te hacen temblar de nervios, pero sin dudar lo aceptó. El nombre de Alfonso Esparza Oteo tenía pocos años de conocerse; sin embargo, ya tenía un gran auge. Contaba apenas con 26 años cuando el entonces presidente de México, el general Álvaro Obregón, lo invitó para dirigir la Orquesta Típica Presidencial que, por cierto, de forma correcta según registros su verdadero nombre es Orquesta Típica de los Guardias Presidenciales del Bosque de Chapultepec. ¡Él, junto con su orquesta, iba a ser parte de todos los eventos que tuviera la presidencia!, algo que sin duda nunca imaginó y menos a esa edad, por lo que obviamente no dudó en aceptar al instante. Su inspiración estaba a

tope y las composiciones empezaron a llegar a su mente y a su corazón, en esa misma época compuso canciones como: *Colombina*, *Su mamá tuvo la culpa*, *La chaparrita*, *Canción de amor*, *Mi gusto es*, *Te he de querer*, *Hermosas fuentes*, *Agua le pido a mi Dios*, *Pajarillo barranqueño*, *Albur de amor* y su inmortal *Un viejo amor*, entre muchas otras. Esa sin duda era una de las épocas que más le gustaba platicar a mi padre con la familia.

Pero la anécdota que le apasionaba a mi mamá, era justamente la de cómo conoció a mi padre, una historia digna de novela de amor. Para contar la historia, hay que mencionar que mi mamá, Blanca Torres Portillo, era una jovencita de Acámbaro, Guanajuato, de dieciséis años de edad, que tenía una fascinación por la música. Ella tocaba el piano y, curiosamente, la música que le encantaba era la de Esparza Oteo. Ella no lo conocía físicamente ni tenía idea de cómo era él, inclusive pensaba que era un hombre de edad muy avanzada, “un viejito” decía ella. Lo único que tenía claro es que había una fascinación por su música, al grado de conseguir de cualquier forma sus partituras para poder tocarlas en el piano.

Un día, al pasear por las calles de Acámbaro, vio anunciado en unos carteles que en el Teatro Rosales se presentaría el compositor de moda “Alfonso Esparza Oteo”, un evento en el cual toda la ciudad estaba emocionada por asistir. Al ver el cartel, no dudó en comprar sus entradas; sin embargo, sabía que mucha gente asistiría al concierto, por lo que iba a ser complicado conocer a su ídolo de adolescencia. Las posibilidades de llegar a hablar con Esparza Oteo eran remotas, pero había algo que jugó a su favor: en ese entonces ella era Reina de las Fiestas del Pueblo, por lo que tenía la oportunidad de ser parte de las invitadas especiales de los eventos. Llegó el día y mi mamá asistió a la presentación del maestro que tanto admiraba. Entró al lugar y... ¡tremenda sorpresa que se llevó! Resulta que no era ningún viejito el compositor del momento, era un hombre joven, de 29 años y sin duda le llamó la atención. Escuchó con entusiasmo y admiración toda la presentación, ella estaba sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

Cuando nos contaba la anécdota, siempre nos dijo que el talento y sencillez que mostraba mi papá al subirse al escenario era impresionante. Acabó el concierto y ella regresó a su casa que era una hacienda llamada La Quinta Suiza, pensando que nunca más lo vería. A la mañana siguiente, fue a pasear a la alameda con sus hermanas y una amiga; se acostumbraba en los pueblos que las mujeres daban vueltas en un sentido y los hombres en sentido contrario.

En una de esas vueltas, su corazón se detuvo al ver a su ídolo Alfonso Esparza Oteo caminando en la alameda. Él la ubicó y de inmediato hubo un contacto visual y una que otra sonrisa, pero ninguno de los dos se animó a acercarse, hasta que llegó la cuarta vuelta y mi papá tomó el valor para por fin acercarse y comenzó a platicar con ella y conocerla. Mientras estaban juntos caminando, una chica se acercó y los rodeó con una serpentina y mi papá le dijo a mi mamá: “Esta serpentina nos va a unir para siempre”. Y así fue, al año siguiente se casaron y tuvieron nueve hijos; el último de ellos, la persona que tiene el privilegio de escribir este texto dedicado a mi padre.

Pero la anécdota más importante de su vida fue sin duda cuando lo invitaron a que se presentara con su orquesta para amenizar un evento que se realizó en el restaurante La Bombilla, organizado por los disputados guajuatenses en honor al presidente electo Álvaro Obregón. Al llegar mi padre al evento, la persona que lo recibió fue el mismo general Obregón, lo tomó bajo el brazo y comenzaron a caminar por el jardín del lugar. Obregón le pidió a mi papá que le contara sobre la situación en esa época de la música mexicana, ya que prefería hablar de eso que de política, ya que, en ese momento, decía él, “la política estaba muy revuelta”. La conversación duró algunos minutos más y ambos entraron juntos a La Bombilla. Álvaro Obregón se dirigió a su lugar en la mesa principal y mi padre fue con su orquesta.

La primera interpretación fue con la canción *Serenata mexicana*, la segunda *Pajarillo barranqueño*; al finalizar, Obregón se levantó de la mesa y a la distancia le pidió a mi padre que interpretara su canción favorita: *Limoncito*. Empezó a tocar la orquesta y prácticamente al instante sonaron detonaciones, mi padre no supo qué estaba pasando, por lo que volteó hacia la mesa principal y al instante se dio cuenta que ese momento iba a quedar para la historia... El presidente electo Álvaro Obregón se desplomaba. El caricaturista José de León Toral asesinó al general Obregón, de inmediato lo detuvieron y sacaron de la fiesta a todos los presentes, pero ya era demasiado tarde para salvarle la vida. Mi mamá me platicó que ese día mi papá llegó con el semblante descajado, completamente pálido y sólo dijo “asesinaron al General Obregón”. Ese sin duda fue el episodio más traumante que le tocó vivir.

A pesar de ello, vinieron años muy buenos para él, siguió trabajando con mucho entusiasmo y lo nombraron director artístico de la Columbia, jefe de la Sección Folclórica de Bellas Artes, director artístico de la XEB y XEW, secretario general de la Federación Teatral y en 1935 fundó la AMAC (Asociación

Mexicana de Autores y Compositores). En pocas palabras su carrera profesional iba viento en popa, pero eso hizo que descuidara un poco la parte familiar, por lo que un día mi madre le dijo que admiraba todo lo que él hacía, pero que le podía dedicar más tiempo a la familia. Eso no sucedió por la carga de trabajo, acto seguido, mi madre le comentó que se iría con mis hermanos mayores a pasar un tiempo en Veracruz con su hermana Guillermina.

Ese breve tiempo en el cual hubo una distancia, le sirvió a mi papá para inspirarse y componer *Déjame llorar*, canción que inscribió a un concurso que convocó la XEW y fue la canción ganadora. “Déjame llorar, porque hoy que te perdí, queriéndote olvidar me acuerdo más de ti”. Las reuniones que hacía en su estudio de la avenida Chapultepec para dar a conocer sus nuevas composiciones, también pasaron a celebrarse en el domicilio de la familia. Mi mamá me contaba que en las reuniones que se hacían en la casa iban celebridades como Juan Arvizu, Lucha Reyes, Emilio Tuero, Pedro Vargas, las hermanas Águila, Ramón Armengod, Joaquín Pardavé, Alfonso Ortiz Tirado, José Sabre Marroquín y, por supuesto, sus dos grandes amigos: Tata Nacho y Mario Talavera.

En esa época, mi padre ya tenía un largo recorrido para establecer los derechos de autor en México. Estos derechos nacieron en 1710 en Inglaterra, impuestos por la reina Ana, comenzando por los libros y posteriormente abarcando las composiciones musicales.

Mi padre no es el autor intelectual de la idea de cobrar por esos derechos, pero sí el primero en llevar a cabo esa labor en México, de crear la forma y el lugar donde hacerlo. En ese entonces, varios compositores vendían sus obras y dejaban de pertenecerles; su idea era que nunca se vendieran por necesidad. Así inicia una propuesta en la que se le unen muchos compositores de la época y cada uno pone su granito de arena. Los inicios nunca son fáciles: empezó con una mesa y dos sillas que sacó de nuestra casa. Mi padre comenzó editando sus propios temas y empezó a cosechar frutos al conseguir que sus obras se pudieran cobrar tras ser ejecutadas.

El gran paso que dio Alfonso Esparza Oteo en este rubro se dio el 4 de febrero de 1938, fecha en la cual fundó el Sindicato de Autores, Compositores y Editores de México (SACEM), convirtiéndose él, en el secretario general, fue así como los autores y compositores comenzaron a ver sus primeras regalías, ya que podían cobrar el “pequeño” Derecho de Autor, así llamado en ese entonces. Además, se reglamentaron las primeras tarifas por la explotación pública con fines de lucro. Lógicamente, a nadie le gusta pagar cuando te imponen

nuevos cobros, entonces los usuarios y consumidores de la música mexicana en un principio se negaban a cumplir con el nuevo proceso de pagos; sin embargo, mi padre se armó de valor y alquiló una camioneta tipo pickup y contrató a tres o cuatro fortachones para presionar a los restauranteros que debían dinero a los autores. Aun así, muchos se negaban a pagar, pero entonces les embargaban la sinfonola, el acuerdo era “cuando me pagues los Derechos de Autor, yo te la regreso”.

Así siguió su lucha también con los dueños de las radiodifusoras, teniendo controversias con ellos, que inclusive eran sus amigos o trabajaba para ellos, dejando de lado cualquier tipo de interés con tal de ser frontal en la lucha por los Derechos de Autor. En 1942 gracias a estos actos, el gobierno de su estado natal, Aguascalientes, lo nombró hijo predilecto. Los esfuerzos no pararon; se tomó como base el modelo de sociedades europeas, principalmente la francesa y sirvió para que en 1945 fundara la Sociedad de Autores y Compositores de México, en la cual quedó como el primer presidente y se eligió un consejo directivo con compositores de renombre como Roque Carbajo, Mario Talavera, Tata Nacho, Alberto Domínguez, Manuel M. Ponce, Ernesto Cortázar, Eduardo Hernández Moncada, como consta en el acta constitutiva de la fundación de la misma.

A pesar de todos sus esfuerzos y dedicación, tantos años que luchó por concretar los Derechos de Autor en México y así lograr que sus compañeros de profesión fueran remunerados por sus obras, no faltaron las ingratitudes y las envidias de algunos de ellos hacia mi padre, hasta llegar a un punto en el cual mi papá dijera: “Estoy satisfecho con mi labor, no tengo ninguna necesidad de soportar agravios”. Fue entonces cuando renunció a su puesto como presidente de la sociedad y le dedicó más tiempo a seguir componiendo. Su inspiración lo llevó a componer su canción *La rondalla*, la cual obtuvo el primer lugar de éxitos en 1948, mientras que en 1949 logró otro gran éxito con *Canción del corazón*.

El 31 de enero de 1950, mi padre se preparaba para recibir un premio; se despidió de todos en casa y subió al coche. Después de unos minutos, mi hermana Laura se percató que el auto seguía en su lugar, por lo que comentó que aún no se marchaba y mi mamá respondió que “seguramente se le había venido a la mente una nueva canción”. Momentos después notaron que seguía sin irse, por lo que mi mamá fue a ver si se le ofrecía algo; cuando lo vio apoyado en el volante y sin obtener respuesta, le pidió ayuda de inmediato a un

vecino. Él lo hizo a un lado, tomó el volante y lo llevó al hospital, pero ya no había nada que hacer, le había dado un infarto cerebral.

El entonces presidente de México, Miguel Alemán Valdés, al enterarse del fallecimiento de mi padre, de inmediato mandó a un representante para que se hiciera cargo de los funerales, y ofreciendo que sus restos quedaran en la Rotonda de los Hombres Ilustres, pero respetando la voluntad de mi papá, mi mamá decidió que se inhumara en el Panteón Jardín. El mismo presidente Alemán asistió al sepelio, igualmente el expresidente Lázaro Cárdenas y muchas personalidades del medio artístico. Alfonso Esparza Oteo había quedado para la inmortalidad. Sus canciones han sido grabadas por famosos intérpretes de todo el mundo, y se siguen escuchando en los cinco continentes. Estoy seguro que en estos días mi padre estaría muy orgulloso de lo que ha crecido la Sociedad de Compositores y su lucha por los Derechos de Autor.

Asimismo, yo me siento muy orgulloso de que él haya colocado la primera piedra de esta gran institución. Pero más allá de sus logros profesionales, siempre causó en mi familia y en mí una admiración hacia él; hemos heredado con mucho respeto, honor y con cariño su apellido.

